

LA CRUZ DE CRISTO

Hemos visto que los capítulos 1 a 8 de Romanos se dividen en dos secciones: en la primera tenemos la Sangre para expiar lo que *hemos hecho*, y en la segunda tenemos la Cruz para tratar con lo que *somos*, No sólo necesitamos la Sangre para perdón, sino también la Cruz para librarnos,

ALGUNAS DISTINCIONES ADICIONALES

Además, se mencionan dos diferentes aspectos de la resurrección en estas dos secciones, en los capítulos 4 y 6. En Romanos 4:25 se menciona la resurrección como prueba de nuestra justificación: “Jesús, Señor nuestro... fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación”. Aquí se trata de nuestra posición ante Dios. Pero en el capítulo 6, versículo 4, la resurrección se menciona como una comunicación de vida a fin de que andemos en santidad: “A fin de que como Cristo resucitó de los muertos... así también nosotros andemos en vida nueva.” Aquí se trata de nuestra conducta.

La paz es tratada en ambas secciones, en los capítulos 5 y 8 respectivamente. ¿A qué clase de paz se refiere Romanos 5:1? Paz con Dios: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Ahora que tengo el perdón de pecados, Dios no me será más causa de preocupación y terror -yo que era un enemigo de Dios he sido reconciliado por la muerte de su Hijo (Ha. 5:10), pero muy pronto encuentro que yo mismo voy a ser gran causa de preocupación. Aún hay desasosiego dentro de mí porque hay algo que me lleva al pecado. Hay paz con Dios, pero no conmigo mismo. Hay guerra en mi propio corazón. Esta condición está bien descrita en Romanos 7 donde se ve que la carne y el Espíritu están en conflicto mortal dentro de mí. Pero de aquí el argumento nos lleva al capítulo 8, donde se nos destaca la paz interior producida, por un andar en el Espíritu. La mente carnal es muerte, porque es enemistad contra Dios”, pero la mente del Espíritu “es vida y paz” (Ro. 8:6,7).

Investigando más, hallamos que la primera mitad de la sección, trata de la justificación (ver ejemplo, Ro. 3: 24-26; 4:5,25), en tanto que la segunda mitad, tiene como tema principal la santificación (ver Ro. 6:19, 22). Cuando conocemos la preciosa verdad de la justificación por la fe, conocemos apenas la mitad de la verdad. Sólo hemos solucionado el problema de nuestra posición delante de Dios. A medida que avanzamos, Dios tiene algo más que ofrecemos, esto es, la solución del problema de nuestra conducta; y el pensamiento que se desarrolla en estos capítulos sirve para enfatizar este punto. En cada caso, el segundo paso sigue al primero, y si sólo conocemos el primero, estamos viviendo una vida cristiana subnormal. Pero entonces ¿cómo podremos vivir una vida cristiana normal? ¿Cómo entraremos en esta vida? Por supuesto debemos, en primer lugar, tener el perdón de nuestros pecados, necesitamos la justificación, debemos tener paz con Dios: éstas constituyen nuestro fundamento esencial.

Pero una vez establecida esta base por medio de nuestro primer acto de fe en Cristo, se desprende claramente de lo que ya se ha dicho que debemos seguir adelante, que hay algo más.

Vemos que la Sangre trata con nuestros pecados. En el Calvario, el Señor Jesús los llevó por nosotros como nuestro Sustituto y así obtuvo nuestro perdón, justificación y reconciliación. Pero debemos dar otro paso en el plan de Dios para entender cómo El trata con la raíz de esos pecados.

EL ESTADO DEL HOMBRE POR NATURALEZA

Llegamos así a Romanos 5:12-21. En este gran pasaje, la gracia se contrasta con el pecado y la obediencia de Cristo se contrapone a la desobediencia de Adán. Está al principio de la sección de Romanos (5:12 a 8:39) de la que nos ocuparemos ahora, y su argumento nos lleva a una conclusión que constituye el fundamento de nuestras próximas meditaciones. ¿Cuál es? Se halla en el verso 19: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”. Aquí el Espíritu de Dios trata de mostrarnos lo que somos y luego cómo llegamos a ser lo que somos.

Al comienzo de nuestra vida cristiana sólo nos preocupa lo que hacemos, no lo que somos; nos aflige lo que hemos hecho. Pensamos que si pudiéramos rectificar ciertas cosas seríamos buenos cristianos, y así tratamos de cambiar nuestras acciones. Pero el resultado no es lo que esperábamos. Descubrimos, asombrados, que es algo más que una cosa molesta que viene de afuera, es una situación mala en nuestro interior. Tratamos de agradar al Señor, pero encontramos que hay algo en nosotros que no quiere hacerla. Tratamos de ser humildes, pero hay algo en nuestro ser que rehúsa serlo. Tratamos de ser amables, pero adentro somos lo más contrario. Nos sonreímos y tratamos de parecer muy simpáticos, pero en realidad, de corazón, sentimos lo opuesto. Cuanto más tratamos de remediar todo esto exteriormente, tanto más nos damos cuenta de cuán arraigado está el mal adentro. Entonces venimos al Señor y le decimos: “Señor, no sólo lo que he hecho es malo, sino que descubro que yo mismo soy malo”. Sí. Ahora comenzamos a entender aquella conclusión de Romanos 5:19. Somos pecadores.

“EN ADÁN” Y “EN CRISTO”

Así, en Romanos, Pablo trata primeramente de mostrarnos lo que hemos hecho, y entonces trata de mostrarnos lo que somos. Las expresiones “en Adán” y “en Cristo” son muy poco entendidas por los creyentes. Somos todos nacidos “en Adán”. Somos todos constituidos pecadores. Somos miembros de una raza de seres que no son constitucionalmente lo que Dios quiso que fuesen. A causa de la caída tuvo lugar un cambio fundamental en la naturaleza de Adán por el que se convirtió en pecador, vale decir uno constitucionalmente imposibilitado de agradar a Dios; y, como hijos suyos, todos nos parecemos a él no sólo en lo exterior sino también en lo interior. ¿Y cómo vino a ser todo esto? Por la desobediencia de un hombre. La enseñanza bíblica no es que somos pecadores porque cometemos pecados, sino que pecamos porque somos pecadores. Somos pecadores por naturaleza antes que por acción. Como Romanos 5:19 lo expresa: “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos

(hechos) pecadores”. Mi apellido es Nee. Yo no lo elegí: No leí una lista de posibles apellidos para elegir éste. Que mi apellido es Nee no es asunto mío, y no puedo cambiarlo. Tengo el apellido Nee porque mi padre es Nee, y él es Nee porque mi abuelo tuvo ese apellido. Si me comporto como Nee, soy Nee; si no lo hago, sigo siendo Nee. Si yo llegara a Presidente de la República, siempre seguiré con el mismo apellido; si me rebajara a mendigo en la calle, siempre seré Nee. Nada que yo haga o deje de hacer cambiará mi apellido Nee.

Somos constituidos pecadores, no por los pecados que cometemos, sino por estar en Adán. Todos nosotros pecamos antes de nacer, porque estábamos “en Adán” cuando él pecó. Si tu bisabuelo hubiera muerto a los tres años de edad, ¿dónde estarías tú? ¡Habrías muerto en él! Tu experiencia estuvo envuelta en la de él. Nosotros estuvimos envueltos en el pecado de Adán, y por nacer “en Adán”, recibimos todo aquello que es de Adán. ¿Observas la unidad de la vida humana? Nuestra vida viene de Adán. Nuestra existencia viene de él, y porque su vida fue pecaminosa, tal es la nuestra. Así que la dificultad es por herencia y no por nuestro comportamiento. A menos que podamos cambiar nuestra parentela, no hay rescate para nosotros: y es así precisamente cómo Dios resolvió la cosa.

En Romanos 5 se nos cuenta no solamente algo acerca de Adán, sino también del Señor Jesús - “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro. 5:19). Fuimos hechos pecadores hechos pecadores por causa de Adán, pero constituidos justos por causa de Cristo. Por uno, pecadores; por Otro, justos. Cuando murió el Señor Jesús, hizo cesar toda vida en Adán; cuando resucitó nos impartió nueva vida. “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo Señor nuestro” (Ro. 5:20,21).

LA MANERA DIVINA DE LIBRAR

Claramente Dios propone que esta consideración nos lleve a experimentar la liberación del pecado. Esto, Pablo lo aclara al principio del capítulo 6 con la pregunta: “¿Perseveraremos en pecado?” Su ser entero rechaza la mera sugestión. En ninguna manera, exclama el apóstol. ¿Cómo puede un Dios santo estar satisfecho con hijos impíos, esclavos del pecado? Así, pues, “¿cómo viviremos aún en él?” (Ro. 6: 1,2). Dios, por tanto ha hecho provisión adecuada para que seamos librados del dominio del pecado.

He aquí nuestro problema. Nacimos pecadores; ¿cómo, pues, podremos separarnos de nuestra herencia pecaminosa? Entendiendo que nacimos en Adán ¿cómo separamos de Adán? Aquí me apresuro a aclarar que la Sangre no nos puede separar de Adán. Hay un solo camino. Ya que entramos por nacimiento, es evidente que saldremos por muerte. Para separarnos de nuestra tendencia pecaminosa, debemos separarnos de nuestra vida. La esclavitud al pecado vino por nacimiento; la liberación del pecado viene por muerte, y es precisamente éste el medio de escape que Dios ha provisto. La muerte es el secreto de la emancipación - “Muertos al pecado” (Ro. 6:1,11).

Pero ¿cómo morir? Algunos de nosotros hemos tratado afanosamente de librarnos de esta vida, pero la encontramos muy tenaz. ¿Cuál es la solución? No es tratar de matarnos, sino reconocer que *Dios nos ha juzgado “en Cristo”* -”¿O no sabéis que todos los que hemos sido

bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?” (Ro. 6:3).

Entonces, si Dios ha tratado con nosotros “en Cristo Jesús”, ¿cómo entramos en Cristo? No tenemos modo de entrar, pero no necesitamos tratar de entrar, pues ya estamos. Lo que no pudimos hacer nosotros, Dios lo ha hecho a nuestro favor; EÉ nos ha puesto en Cristo. ¡Alabado sea Dios!, no se dejó que nosotros descubriéramos o hiciéramos camino. “Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús” (1 Co. 1: 30). No necesitamos pensar de cómo entrar. Dios ya lo ideó, y también lo llevó a cabo. Ya hemos entrado y, por consiguiente, no necesitamos tratar de entrar. Es un hecho divino, y es cosa terminada.

Propongo una ilustración: pongo un billete en mi Biblia. La Biblia y el billete son cosas distintas, pero si decido remitir mi Biblia a una lejana tierra, ¿puede esa Biblia ir y el billete quedar? Es evidente que donde va la Biblia, la acompaña el billete; y lo que le pasa a la Biblia, le pasará también al billete, porque está en ella. “Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús”. Dios nos ha puesto en Cristo, y en su proceder con Cristo, ha procedido con la raza entera. Nuestro destino está ligado con el suyo, y lo que pasó con Él, pasó también con nosotros. Cuando Cristo fue crucificado, nosotros también; y su crucifixión fue en el pasado y por lo tanto la nuestra; no puede ser futura. Que me muestre alguno un solo versículo en el Nuevo Testamento que diga que la crucifixión es cosa del futuro. Fuimos crucificados cuando lo fue Él, pues Dios nos puso en Él. Que hemos muerto en Cristo no es una mera posición doctrinal, sino una verdad, un hecho eterno. “Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte” (Ro. 6:3). Estar “en Cristo” es equivalente a haber sido identificados con Él en su muerte y resurrección. La Cruz es el poder de Dios que nos traslada de Adán a Cristo.

UNA NUEVA CREACIÓN

La muerte del Señor Jesús es inclusiva -incluye al creyente- y también es inclusiva su resurrección. En 1ª Corintios 15:4.5 y 47 encontramos dos notables nombres o títulos del Señor Jesús. Se nos dice que fue el último Adán y el segundo hombre. Las Escrituras no le mencionan como el segundo Adán sino el último Adán; ni se refiere a Él como el último hombre, sino el segundo hombre. Es importante notar esto, pues encierra una verdad de gran valor.

Como el último Adán, Él es la suma total de la humanidad; como el segundo hombre, es la Cabeza de una nueva raza. Como el último Adán, reúne en sí mismo todo aquello que estaba en Adán; como el segundo hombre, habiendo por su Cruz quitado el primer hombre en quien el propósito de Dios fue defraudado, presenta otro hombre en quien aquel propósito es plenamente llevado a cabo.

Cuando fue crucificado, lo fue en el carácter del último Adán: todo aquello que estaba en el primer Adán fue quitado. Nosotros todos fuimos incluidos en su muerte. Como el último Adán, Él quita la raza antigua, y como el segundo hombre presenta una nueva raza. En su resurrección está en pie como el segundo hombre. Morimos en Él como el último Adán; vivimos en Él como el segundo hombre. Nuestra antigua historia finaliza con la Cruz; nuestra nueva historia comienza con la resurrección. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura (creación) es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:

17). Por la Cruz Dios liquidó toda la antigua creación, y de la muerte surge una nueva creación en Cristo, el segundo hombre. Si estamos “en Adán” todo lo que está “en Adán” viene a ser nuestro inevitablemente y sin ningún esfuerzo nuestro. No hay necesidad de hacer esfuerzo alguno para perder la paciencia o cometer cualquier otro pecado; estas cosas suceden, y esto, a pesar de nosotros. Así también si estamos “en Cristo” todo lo que está en Cristo nos viene por gracia, sin esfuerzo alguno de nuestra parte, sobre la base de la fe sencilla.

La vida cristiana es nada menos que la vida de Cristo. Es la propia vida de Cristo reproducida en nosotros. Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30). El concepto común de la santificación es que cada parte de nuestra vida debería ser santa; pero eso no es santidad -es el fruto de la santidad. La santidad es Cristo. Cuando somos conscientes de orgullo, nos imaginamos que la humildad llenará nuestra necesidad; pero la contestación al orgullo no es la humildad -es Cristo, y Cristo es la contestación para cada necesidad. Dios nos ha dado su Hijo para ser nuestra vida, y sólo necesitamos estar “en Cristo” para que todo lo que es de Cristo venga a ser nuestro. Hay una sola 'vida cristiana' -y ésta es *la vida de Cristo*. Nunca se me exige imitar aquella Vida, pero sí, permitir a Cristo que viva en mí. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Ga. 2:20).

[Volver a www.LuzyVida.com](http://www.LuzyVida.com)